

Correspondencias de los espacios geográfico e histórico con el literario

● MARÍA ROSA PALAZÓN MAYORAL

En su *Poética*, Aristóteles estableció que el historiador se acoge a un principio de realidad que establece qué ocurrió o hubo en un espacio-tiempo, sin que invente, hasta donde esto sea factible, ni los personajes, ni lo ocurrido, ni lo que ocupó un lugar en un momento. En cambio, el literato creador o poeta no respeta esta correspondencia entre lo que dice y la realidad: describe mediante ficciones, o sea, lleva a cabo la mimesis de los fenómenos tal como pudieron haber acontecido en un ámbito fantaseado. Ahora bien, ¿qué ocurre en el nivel pragmático cuando el programa operativo de un escritor pretende utilizar la misma concepción del espacio que los historiadores y geógrafos? Tengo en mente la primera y recientes ediciones de *José Trigo*, que Fernando del Paso acompaña con un plano detallado de Nonoalco, donde ubica la acción novelesca, y más específicamente las narraciones y los poemas de José Joaquín Fernández de Lizardi. Metámonos de lleno en dos preconcepciones del espacio que hipotéticamente fundamentan el conocimiento empírico, preguntándonos qué queremos decir cuando lo calificamos como imaginario.

El espacio absoluto y el relativo

Demócrito habló de un vacío infinito (entre los átomos); infinitud espacial que retoma Giordano Bruno, caracterizándolo además como incorporeo. Es el límite inmóvil, decía Aristóteles (*Física* IV, 4), que abraza a los cuerpos, y sin el cual no podríamos colocarlos ni ordenarlos. Tal es, se lee en *Philosophiae Naturalis...* de Newton, el espa-

cio absoluto, inmóvil y siempre igual, que él diferencia del espacio relativo o dimensión móvil. El total de las regiones forma este espacio cósmico que postulamos desde el nivel de los átomos hasta el de los astros: Kant. Notemos que en esta creencia el espacio es una condición de posibilidad de las cosas y de los hechos, una extensión y un hipotético vacío divisible en tres dimensiones: el largo, el ancho y la profundidad, mensurables y representables geoméricamente, a las cuales se añade un cuarto número o variable, la temporalidad, no reductible a una figura. Tal espacio absoluto es la abstracción o suma las abstracciones de la exterioridad inmediata, para Hegel. No es real ni irreal, sino un imaginario explicativo que, contra lo que esta palabra implica, no puede llenarse con imágenes, es decir, de contenidos ligados, directa o indirectamente, a la percepción y a sus recuerdos, a menos de que se regionalice, se vuelva un “campo” o espacio relativo. Esta incertidumbre del concepto da cuenta de por qué los neoplatónicos lo describieron como límite de los cielos, el lugar de todas las cosas, o Dios, y Spinoza, desde una cosmovisión panteísta, lo haya considerado como uno de los atributos de Él.

El presupuesto de la física tradicional y del sentido común de un continente vacío que hace posible los hechos y las cosas, y las relaciones entre ellos, así como entre ellos y ellas, es una abstracción no siempre adecuada y a veces francamente estorbosa para la observación que parte y llega a puntos visibles o tangibles distribuidos en un orden, en términos de David Hume. En este caso el referente del espacio es, siempre, la materia que ocupa un lugar (Platón, *Timeo* 52 b) o, quizás, la materia-energía, diré actualizándolo. Sólo podemos medir y representar imaginativamente la extensión llena de unos cuerpos y sucesos, de manera que establezcamos su tamaño y figura (Descartes, Leibniz, Wolff, Baumgarten), su morfología interior —por ejemplo, de una construcción arquitectónica—, y también las relaciones de este sistema con lo extrasistémico —con las otras construcciones y la naturaleza que aquélla tiene en cercanía. El espacio-tiempo refiere categorías relativas para hablar de un orden de coexistencias sincrónicas y de cambiantes series sucesivas.

El espacio es un “campo” (Einstein) cuyas coordenadas cronotópicas son establecidas desde una posición o una cualidad posicional.

Según el individuo decida, sea el caso la dirección de sur a norte, algo está u ocurre a la derecha o a la izquierda; o viceversa, de norte a sur. Asimismo, dada la relatividad del espacio-tiempo, el mismo evento tiene lugar en instantes no coincidentes dependiendo de los puntos de observación; tampoco una y misma geometría se corresponde con la estructura física del mundo observado ni, por lo tanto, explica cualquiera de sus perspectivas, aunque, dependiendo del propósito representativo una sea más adecuada que otra, como saben los dibujantes y pintores: en espacios cerrados con la mirada puesta al frente es muy útil la euclidiana (véase *El Cristo yacente* de Mantegna); en espacios abiertos y siguiendo con la mirada lo que alcance a ver en el horizonte, éste se curva (curvatura que el físico mide según las densidades de la materia y la energía), entonces la geometría no-euclidiana es más fiel a esta sucesión de imágenes visuales. El punto de observación; éste en su dependencia del momento; los propósitos del observador; la materia y la energía..., y un cúmulo más de factores son medios que se usan para explicar este espacio relativo. En tal explicación no es posible, pues, omitir al sujeto que interpreta. Además, los cronotopos, el espacio y el tiempo, son un a priori de las intuiciones, de la experiencia, de la imaginación de cualquier individuo cognosciente: con ellas ordena, reordena y hasta crea nuevas realidades fantasiosas, observó Kant, porque ambas son categorías de la “subjetividad trascendental”. He aquí, pues, que no existe un espacio perceptual objetivo o neutral a las intervenciones de la imaginación, se defina ésta como facultad ligada a la recepción de estímulos o como la capacidad de agrupar en un espacio y ocasionalmente de manera inédita intuiciones, perceptos o datos visuales.

El ser o estar ahí y las interpretaciones

Dilthey y Heidegger enfatizaron la historicidad de nuestra especie; el segundo nos definía como el Dasein, el ser o estar ahí, en cercanía o lejanía física y cultural de un estímulo que ha sido formado mediante la palabra o el *logos*. El texto literario que calificamos como bello no está hecho de enunciados meramente ostensivos, que se

acompañan con frecuencia de un señalamiento explícito, ni de fórmulas cuyo sentido ha sido fijado de antemano, ni de tablas clasificatorias, ni de órdenes precisos para cualquiera. Lejos de los lenguajes diagramáticos, cada texto de este tipo es un denso discurso creativo, fijado por la escritura. ¿Pierde esta “multivocidad” propia de los discursos densos que convocan a la imaginación cuando el escritor intenta ser fiel al espacio geográfico-histórico? Respondamos desde la pragmática, es decir, desde el lado del lector siguiendo algunas ideas de Gadamer y Ricœur.

Yo imagino lo que tú describes

Entre la palabra que no refiere ni ubica directamente del escritor, y la que señala en presencia u ostensiva, se encuentra la científica que se quiere directamente referencial, y la del escritor que con intenciones de ser fiel a la realidad va regionalizando la acción, donde coloca sus reflexiones, según una estricta correspondencia entre su dicho y el lugar que existió o real. Muchos colocan la narración en los espacios históricos que conocieron; pero ésta no se pretende “verdadera” al respecto. Ahora bien, el término alemán que significa interpretar —*deuten*—, escribe Gadamer, implica señalar y no sólo señalar los grandes objetivos temáticos en cuestión. Estos últimos son el significado y el sentido del texto literario visto como un todo, precisa Ricœur, lo cual no obsta para que algunos de los enunciados parciales de ese texto señalen un objeto o un hecho ubicados en el espacio-tiempo, y que, consiguientemente, el lector competente sabe que no tiene que reducirlos a un simple mentar, sino actualizarlos como un “guiño” que remite fuera de sí. Los datos directamente referenciales de que partió su autor no son identificables, y si añadimos que los indicadores espaciales están escritos, es decir, que son “una inscripción” (Ricœur) independizada del ser o estar ahí que pudo señalarlos, entenderemos por qué se genera una “multivocidad” abierta a la imaginación de quienes interpretan. Nace entonces, dice Gadamer, no una posibilidad indeterminada de cumplimiento de tales enunciados, sino no-determinada, que admite tener un variable “cumplimiento” imaginativo. Por lo mismo, “ser humano” “es enredarse en la interpretación de lo ambiguo” (Gada-

mer, p. 79), aunque no se pretenda tal. Ricœur ejemplifica estas conclusiones con las indicaciones descriptivas de la escalera por donde cae rodando Smerdiákov en *Los hermanos Karamazov*: carece de importancia preguntarse cómo era la que Dostoievski tuvo en mente. Unos lectores la construirán imaginando que tuerce a la derecha y otros a la izquierda, y que baja dos o seis escalones. Los dos tienen razón porque ambos realizan el “autocumplimiento del lenguaje” (Ricœur, p. 117). Por su lado, Fernández de Lizardi nos lleva de la mano por el radio de la antigua ciudad de México. El Periquillo Sarmiento dice que su amo vivía en la calle de las Ratas. La edición crítica aclara que es actualmente la 7a de Bolívar, esquina con República de El Salvador, que él se paseaba por el Portal de las Flores, o sea, por la actual esquina sudeste de la Plaza Mayor, entre Pino Suárez y 20 de Noviembre, y que por estos rumbos hubo un Baratillo de los Piojos, donde se vendían las ropas más sucias, asquerosas y despreciables. Por su parte, don Catrín de la Fachenda, que vivió en Mesones, frecuentaba el Portal de Mercaderes y compraba en El Parián sus fraquecillos, sombreros redondos y botas remachadas para que no parecieran quijadas de cocodrilo. En “México por dentro o guía de forasteros” Lizardi especifica las calles repletas de ladrones “de ganzúa”, de borrachos, de damas de alcurnia y de otras no tan damas, e incluso penetra en San Hipólito u hospital de locos. Sus pretensiones de darnos mensajes “verdaderos” podrían reforzarse con algunas litografías de la época, presuntos iconos o signos parecidos a su modelo. Pero el texto, complementado con sus respectivas ilustraciones, necesariamente deja siempre un amplio margen no determinado que nosotros, lectores, iremos llenando imaginariamente, igual que lo hacemos con los espacios individualizados, o caracterización física de los personajes que aun las pormenorizadas descripciones lizardianas también dejan abiertas. En suma, desde el ángulo de la recepción o pragmática del texto literario ninguno de sus enunciados es estrictamente referencial u ostensivo, aunque pretenda serlo. Por último, si imaginar es llenar de imágenes y también ser creativos, me pregunto si fuera del lenguaje ostensivo existe algún espacio descrito que no sea imaginario, aunque no sea fantasioso. Lo diré parafraseando y adaptando la consabida expresión de Rubén Darío: quién que es no es imaginativo.

Bibliografía

- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *Obras I. Poesías y fábulas*, inv., recop., ed., Jacobo Chensinsky y Luis Mario Schneider, pról. del primero, UNAM, Nueva Biblioteca Mexicana, 7., México, 1963
- , *Obras VII. Novelas. La educación de las mujeres o La Quijotita y su prima y Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, recop., ed., notas y est. prel., María Rosa Palazón, UNAM, Nueva Biblioteca Mexicana, 75., México, 1980.
- , *Obras VIII y IX. Novelas. El Periquillo Sarniento y Noches tristes y día alegre*, pról., ed. y notas, Felipe Reyes Palacios, UNAM, Nueva Biblioteca Mexicana, 86 y 87., México, 1982.
- GADAMER, Hans-Georg, "Poetizar e interpretar", en *Estética y hermenéutica*, introd. Ángel Gabilondo, trad. Antonio Gómez Ramos, Tecnos, Col. Metrópolis, Madrid, 1996, pp. 73-80.
- NEWTON, Isaac, "General Scholium" en *Mathematical Principles of Natural Philosophy and his System of the World (Philosophiae Naturalis Principia Mathematica)*, trad. Andrew Motte, rev. Florian Cajori, vol. II, *The System of the World*, University of California Press, Londres, 1962, pp. 543-547.
- RICŒUR, Paul, "De la contribución de la poesía a la búsqueda de la verdad", en *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, trad. Garciela Monges Nicolau, Universidad Iberoamericana y Siglo XXI Editores, Lingüística y Teoría Literaria, México, 1995, pp. 111-121.